

Primera parte

Cada cual con su quimera

Bajo un inmenso cielo gris, sobre una inmensa polvorienta llanura sin caminos, sin hierba, sin siquiera un cardo o una ortiga, me encontré con unos hombres que caminaban encorvados. Cada uno de ellos cargaba sobre la espalda una enorme quimera, tan pesada como un saco de harina o de carbón o como la impedimenta de un soldado romano.

Pero el monstruoso animal no era un peso inerte; envolvía y oprimía, por el contrario, al hombre, con sus músculos elásticos y poderosos; prendíase con sus dos vastas garras al pecho de su montura, y su cabeza fabulosa dominaba la frente del hombre, como uno de aquellos cascos horribles con que los guerreros antiguos pretendían aumentar el terror de sus enemigos.

Interrogué a uno de aquellos hombres preguntándole adónde iban de aquel modo. Me contestó que ni él ni los demás lo sabían; pero que, sin duda, iban a alguna parte, ya que les impulsaba una necesidad invencible de andar.

Observación curiosa: ninguno de aquellos viajeros parecía irritado contra el furioso animal, colgado de su cuello y pegado a su espalda; hubiérase dicho que lo consideraban como parte de sí mismos. Tantos rostros fatigados y serios, ninguna desesperación mostraban; bajo la capa esplenética del cielo, hundidos los pies en el polvo de un suelo tan desolado como el cielo mismo, caminaban con la faz resignada de los condenados a esperar siempre.

Y el cortejo pasó junto a mí, y se hundió en la atmósfera del horizonte, por el lugar donde la superficie redondeada del planeta se esquivaba a la curiosidad del mirar humano.

Me obstiné unos instantes en querer penetrar el misterio; mas pronto la irresistible indiferencia se dejó caer sobre mí, y me quedó más profundamente agobiado que los otros con sus abrumadoras quimeras.

1

Antón permaneció inmóvil frente a la ventana, contemplando la profunda oscuridad de la noche. El cielo estaba tachonado de estrellas y el aire zarrandeaba las grandes ramas de los árboles. Le encantaba sentir el calor del hogar. La seguridad y la calidez de aquella casa le reconfortaban de una forma especial. Detrás de aquella enorme cristalera, observando el exterior, se sentía protegido del duro invierno. Aun así, amaba el frío. Prefería tener que abrigarse que sentir el sudor a primera hora de la mañana y aquel calor estival que a veces resultaba demasiado agotador para sus sesenta años.

Todo estaba bien, había pensado mientras paseaba por las estancias que conformaban la mansión que él mismo había construido. Podía sentirse orgulloso. A lo largo de los años había conseguido cada uno de los retos que se había propuesto, empezando, sin duda, por haber comprado aquella inmensa finca en lo más profundo de una Galicia atávica que tanto significaba para él. Aquel paraje le permitía desconectar de las llanuras casi lineales de la capital, con sus tonos grises y tristes, para adentrarse en la frondosidad de los bosques, las colinas y las montañas de tonos verdes.

Por otro lado, le devolvía aquella infancia que jamás olvidaría, la misma que le había hecho regresar a aquel lugar décadas atrás para cumplir la promesa que se había hecho a sí mismo cuando apenas era un muchacho. No obstante, sus triunfos no se quedaban allí. Durante toda su vida había trabajado duro para conseguir que sus negocios se transformaran en un pequeño imperio. Dos inmensas empresas construían edificios y rascacielos por todo el mundo; había invertido en varios despachos de abogados y la Bolsa era para él un juego con el que se entretenía de vez en cuando. Todo había salido del modo que él habría deseado si se lo hubiesen preguntado tiempo atrás.

Donaba cantidades ingentes de dinero a los desfavorecidos, pero siempre de un modo anónimo; no era un hombre que deseara el agradecimiento por algo que creía obligatorio en su situación. Siempre había pensando que la riqueza, por mucho trabajo que hubiera costado, debía servir para cambiar el mundo, y que, de un modo u otro, si el resto hiciera lo mismo que él, todo sería diferente. Pero también sabía que aquella era su forma de ver las cosas, su manera de intentar calmar el profundo dolor que sentía cada vez que paseaba por los jardines de la finca o bajaba a Torbe. Cada vez que recorría sus calles empedradas, sus restaurantes, la iglesia con su campanario o cada uno de los rincones de aquel bonito pueblo, los recuerdos le devolvían a un mundo que hubiera preferido dejar enterrado para siempre...

Observó su propio reflejo en la cristalera y se giró para contemplar el salón majestuoso, los sofás de terciopelo y las alfombras con ribetes. Candelá, la mujer que llevaba el peso de aquella casa desde que su esposa Eleonor falleció, había encendido la chimenea y ahora las llamas crepitaban detrás de él mientras esperaba con una copa de su mejor vino entre los dedos y una profunda melancolía.

«Aprovecha el momento porque mañana no sabemos si estaremos aquí.»

Aquellas palabras retumbaron en su cabeza mientras caminaba descalzo sobre la alfombra persa. Se situó frente al hogar y contempló su rostro en el espejo de la repisa. Mantenía una cuidada perilla blanca y casi no tenía arrugas, algo extraño para una piel tan aceitunada y con tantos años encima. Sin duda, se lo debía a su buena genética, la misma que de algún modo le confería un cuerpo atlético para su edad.

«Hay algo ahí fuera esperándonos, Antón, algo mucho más grande que este maldito orfanato de barro y sufrimiento.»

—Alexander...

Cerró los ojos y rememoró su imagen cuando apenas tenían quince años. Evocó durante unos instantes el tiempo que habían pasado todos en aquella misma casa, en aquella mansión que en otra época había sido un orfanato y un calvario para ellos. Y qué duros se tornaban los recuerdos. ¿Cómo hacerles entender lo que había hecho? Comprar aquella mansión era una promesa con sangre, una meta en una vida llena de gloriosos triunfos, de noches en vela y horas de trabajo. El mismo caserón que mu-

chos años atrás les había cobijado y aterrado. El orfanato de San Torbe transformado en la mansión de Quimera.

Antón había tirado abajo aquel infierno de su infancia y había construido su casa sobre los escombros. Para algunos era un recuerdo enfermizo y terrible de sus tormentos; para otros, una forma de superar los miedos y transmutar lo que habían vivido allí dentro. Lo único que había mantenido intacto eran los sótanos del orfanato. Tras sanear sus galerías, había transformado una de ellas en un hermoso salón de estilo marroquí, repleto de cojines y sofás, con dos hermosas chimeneas, una barra forrada en terciopelo rojo, y las paredes de piedra.

¿Cuánto tiempo había pasado? Demasiado quizás. Había perdido a muchos de sus compañeros de San Torbe. Y es que lo vivido allí había marcado a casi todos de por vida. Por aquel entonces nadie consideraba importante que un niño sufriera durante años el frío aterrador de una celda de castigo, o una ducha con agua helada hasta atenuar sus músculos. No eran importantes para nadie; eran solo números que alimentar en una época de hambruna, de conjuras y traiciones. La guerra lo había devorado todo. Ellos habían tenido la suerte o la desgracia de acabar en San Torbe, creyendo que al terminar la guerra volverían a sus vidas normales, pero sus tormentos no habían hecho más que comenzar. A veces, Antón se preguntaba qué hubiera sido de ellos si no hubiesen terminado allí y la respuesta no le gustaba.

San Torbe había sido el lugar donde se conocieron y donde habían hecho una promesa que permanecía latente, aun después de tantos años.

—Señor Andrade, Petro Argas ha llegado.

Antón se giró y observó a la mujer gruesa de pelo cano que lo miraba con una sonrisa amable.

—Gracias, Candela. Hazle pasar.

Se quedó contemplando el retrato de su esposa, junto al espejo, sobre la repisa de la chimenea, y acarició el cristal. Ella había sido una belleza desde el principio. El amor de su vida, su compañera y su amiga. Su confidente y mucho más.

Oyó unos pasos sobre la tarima y un carraspeo lo devolvió a la realidad. Argas llevaba un traje de corte italiano, el pelo cano engominado hacia atrás y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Tenía la cara surcada de arrugas y las cejas muy finas y perfiladas.

—Poeta —le espetó con tono irónico para luego darle un cálido apretón de manos—. Veo que sigues con esa manía tuya de andar descalzo.

Antón sonrió y le golpeó cariñosamente en el hombro.

—Estás más viejo. Claro, es que han pasado años desde la última vez que viniste a España.

Argas alzó las manos dramáticamente y luego las dejó caer lentamente.

—No todos podemos conservarnos en formol como tú, Antón. Pero me alegra ver que sigues manteniendo esa belleza de actor de cine. Te aviso que los hombres que envejecen más despacio lo hacen luego muy rápido, amigo. Será difícil para ti asimilarlo. Ponme una copa de ese vino tuyo y dime cómo te ha ido todo.

Como él, Petro Argas era un niño de San Torbe, un huérfano de la guerra que se había forjado un futuro a base de mucho trabajo. Pero, a diferencia de él, se había ido trasladado al extranjero, animado por unos familiares lejanos con los que había convivido en Suiza durante años hasta fundar su propia empresa.

Argas era uno de esos hombres ambiciosos que nunca tenía suficiente. Siempre pendiente de las acciones y las contrataciones con cualquier país que pudiera darle un poco más de lo que ya tenía. Se acomodó en uno de los sillones y se abrió la chaqueta con elegancia, mientras hacía girar el líquido borgoña de su copa frunciendo el ceño.

—¡Ah, este vino! —exclamó—. No hay mejor vino que el gallego, Antón. Puedo recorrer el mundo de una punta a otra sin encontrar un vino como este. Ese sabor a madera... Es delicioso.

Antón esbozó una sonrisa agradecida y se sentó frente a Argas mientras se colocaba su jersey de cisne correctamente y cruzaba las piernas.

—¿Sabes? La última vez que nos reunimos todos fue para el entierro de Jonás Romano, Roberto Acosta y Richard Armani —murmuró Antón con voz queda—. Me he propuesto que no se convierta en un hábito entre nosotros. Todos estamos en contacto a través de nuestros negocios de un modo u otro, pero apenas nos vemos y vamos cumpliendo años. Hicimos una promesa y juramos mantenerla.

—Y lo hacemos, Antón. Cada uno desde su centro de operaciones, como diría Jeremías Malbaseda, pero lo hacemos. ¿Acaso no es así?

Antón asintió con prudencia, aunque la afirmación de su amigo no era algo que le resultara suficiente. Tomó la copa para dar un largo trago de vino y dejó que su amigo continuara hablando.

—Tengo en Suiza un muchacho español que necesita nuestra ayuda, Antón. Está algo perdido, pero estoy intentando ayudarlo. El mundo para él en estos momentos no tiene ningún sentido. Es un chico joven, guapo, muy inteligente y trabajador, de buena familia. Tiene diecisiete años y un futuro prometedor. Se llama Darío Cross, su familia tiene muy cerca de aquí una casa de indios. Mi intención, si tú lo ves oportuno, es que viaje a España y se quede un tiempo bajo tu tutela. Lo ha pasado mal, Antón.

—Sigues siendo el buscador de las almas perdidas —apostilló él socarronamente—. Háblame de su lado más oscuro.

Argas alzó la vista hacia el alto techo y examinó la lámpara de araña cuyos cristales titilaban.

—Ya está en su primer año de carrera. Es un chico con un coeficiente alto que ha saltado varios cursos. Un caso espectacular. Su padre es un viejo conocido mío y lo cierto es que cuando lo conocí me recordé terriblemente a ti y a Alexander. Tuvo una novia, pero la relación acabó dramáticamente. Ella se suicidó. No era una chica estable, pero el joven Cross se culpa de todo y se ha mantenido en una especie de letargo insano. Sus padres son gente de negocios que viajan por todo el mundo, y apenas prestaron atención a la adolescencia de ese chico porque era demasiado perfecto; su cascara, para ser más exactos, era demasiado perfecta pero poco más.

Antón sonrió suavemente y se acarició la perilla con la mano.

—Lo cierto es que pensé que Darío Cross podía pasar un tiempo bajo mi tutela, pero ya sabes que mi vida es bastante solitaria. No tengo los medios que podrías tener tú en Quimera, ni mucha ayuda... Además, en un mes y medio viajaré a Japón por trabajo y no quiero dejarlo solo. Temo por él. Es un joven brillante, amigo, pero no controla sus impulsos. Está desbocado. Es un pequeño Adonis impulsivo, le gusta lo extremo y no le importa si es hombre o mujer. Aunque ahora está pagando penitencia por sus actos.

Al decir esto, dejó caer la mano sobre la rodilla y su mirada se perdió en el infinito durante varios segundos.

Antón se levantó; necesitaba notar la suavidad de la alfombra bajo sus pies descalzos, caminar de un lado a otro como solía hacer cuando una situación le hacía pensar más de la cuenta, cuando los recuerdos del pasado le invadían las entrañas y su cerebro comenzaba a funcionar a mil por hora.

«Somos diferentes, hemos nacido en una época que no nos tocaba vivir. En un siglo equivocado.»

—Sabes que cuando construí Quimera sobre San Torbe tenía un fin —dijo entonces sin mirar a su amigo—. Fuimos chicos osados. Al principio le eché la culpa al hastío, a nuestra decadencia y abandono. ¿Por qué no buscar compañía donde fuera? Pero no era así, Argas, no era así. Con el tiempo pensé que quizás aquellas reuniones nocturnas y las relaciones que se generaron eran una forma obscena de escapar del terror que pasábamos en ese orfanato, pero sería mentirme, y mentirnos. No había una razón, no había una enfermedad. Hoy por hoy, en los tiempos en los que estamos, seguimos involucionando, por así llamarlo. La sociedad va de moderna, pero posee una doble moral demasiado peligrosa que juzga. En el fondo, el mundo no ha cambiado tanto, las mentes no avanzan. ¡No era así como lo había imaginado!

—Luchas demasiado con esos pensamientos, Antón —repuso Argas sin moverse del sofá—. Alexander, tu buen amigo, vive a varios kilómetros de aquí y aparta la mirada cada vez que te cruzas con él. Todos somos conscientes de esa realidad y ese dolor. Ha formado su familia, su pequeño microcosmos y reniega de lo que fue e hizo, aunque, en el fondo, nunca se alejó de San Torbe y podría haberlo hecho. Pero volvió a este pueblo y se quedó aquí a vivir. No tengo claro si por la necesidad de no desprenderse de ese pasado del todo o para enfrentarse a él y decirse a sí mismo: «Estoy aquí, mira. Tengo una familia normal. Lo he conseguido». Pamplinas...

Antón parecía profundamente trastornado. Se pasó la mano por su poblada cabellera y volvió a dejar la vista fija en un punto de la noche más allá de la cristalera, de los árboles y sus ramas juguetonas. Los diminutos farolillos diseminados por los caminos de la finca comenzaban a encenderse.

—Deberías escribir un libro, Antón. Un libro de San Torbe. Cuando nosotros no estemos aquí, por mucho que nos esforcemos en contar a nuestros

hijos lo que realmente pasó, nunca usarán las mismas palabras ni lo harán con la misma fuerza o dolor que nosotros. ¿Lo has pensado alguna vez?

Antón dejó escapar una sonrisa tímida y lo contempló desde el otro lado del salón.

—Me tomas el pelo.

—¡En absoluto! Tratamos de ocultar nuestros recuerdos. Lo hemos hecho durante más de cuarenta años, Antón. Tu intención al crear Quimera sobre Torbe no era enterrar nuestros fantasmas, siempre lo has dicho. Era crear sobre sus cimientos y sus galerías un lugar que representara lo contrario a lo que nosotros vivimos aquí: el libre albedrío. La culminación de nuestras necesidades y que todos los que pasaran por aquí pudieran ser y hacer lo que desearan sin ser juzgados por los de ahí fuera. El mundo sigue sin estar preparado para nuestra naturaleza más cruel, amigo. Nada nos hubiera diferenciado de nuestros antepasados primates si no nos hubiera dado por pensar en algún momento de la evolución.

Al decir esto soltó una estridente carcajada y bebió.

—¡Oh Argas...! No has perdido tu vehemencia. Quimera es mi hogar y un lugar de retiro para todos los que, como nosotros, se sienten diferentes a lo que la sociedad ha definido como normal. Nuestros amigos están muriendo, Argas, y nuestra responsabilidad no es solo hacia sus hijos, sino hacia todos los que, como ese chico tuyo, Darío Cross, se sienten perdidos. Haz que venga cuando acabe su curso, que pase aquí unos meses. Será una buena compañía para mi hija Catinca.

Argas estiró las piernas haciendo crujir sus rodillas y se incorporó para depositar la copa sobre una mesita supletoria de madera de caoba.

—Mañana tengo que poner al día ciertos asuntos en la constructora Acosta y regresaré a Suiza en el último vuelo de la tarde, pero volveré el mes que viene. Haré que Cross me acompañe para que tú mismo puedas hablar con él y conocerlo antes de que se instale aquí un tiempo. Te advierto que es un chico delicado y problemático con sus sentimientos, aunque ese detalle no creo que te intimide —terció con humor—. Para entonces también habrán venido los demás, podremos reunirnos otra vez y hablaremos de todo lo que ha pasado estos últimos años y de cómo debemos afrontar ciertas situaciones con los hijos de los que han fallecido. Deben de estar unidos como lo estuvimos nosotros. Nuestra promesa sigue intacta, Antón. No lo dudes ni por un momento.

—Nunca lo he dudado, Petro —susurró.

Antón acompañó a su amigo hacia la puerta y le ayudó a ponerse el abrigo y la bufanda.

«No temeré al dolor porque me hace fuerte...»

Argas le dirigió una mirada de cariño y se puso los guantes. Apoyó la mano derecha sobre su hombro y lo apretó con firmeza.

—No todo fue tan terrible —dijo—. Y aunque te duela lo que te voy a decir, San Torbe nos forjó y nos hizo lo que somos. Mira todo lo que hemos conseguido Antón, todo lo que nos rodea, los años de trabajo, de esfuerzo por superar la pobreza que nos persiguió durante tanto tiempo. Ese sitio fue el comienzo de todo.

—Te comprendo —afirmó—. Lo sé.

Argas salió al exterior y se detuvo a los pies de la escalera. Soplaban una fría brisa que movía su cabello y las hermosas enredaderas que trepaban por los laterales de las jardineras. Del Mercedes negro aparcado frente al camino, salió un hombre vestido con traje negro y le abrió la puerta.

—Nos vemos en un mes, poeta —anunció con contundencia descendiendo los peldaños.

—Un mes —contestó Antón.

2

A Antón le gustaba observar a su hija mientras dormía. La inocencia y serenidad que le transmitía no la encontraba en ningún otro sitio. Hubiera dado la vida por ella desde el día en que la escuchó llorar por primera vez. Desde que falleció su esposa, siempre la había protegido, a veces en exceso. Le dolía que Catinca hubiera perdido a su madre tan pronto, tras una enfermedad que se les antojó eterna y dolorosa. Pero a pesar de todo, era una niña fuerte, con el mismo carácter decidido y descarado de Eleonor. Una niña algo caprichosa, pero de gran corazón, con una belleza natural fuera de lo común y unos rasgos exuberantes que empezaban a marcarse a medida que cumplía años.

La arropó con cuidado de no despertarla, apartándole el cabello de los ojos y la besó en la frente. Se hubiera quedado como muchas otras noches, custodiando sus sueños, pero decidió apagar la pequeña lamparita y salió al pasillo. El servicio ya se había retirado, así que, sin mucho sueño, descendió las escaleras del primer piso y se dirigió a su despacho. Se sentó frente a la mesa y reguló la altura de la silla. Esa era una de las pruebas de que Catinca había estado allí, jugando con el nivelador de altura una vez más. Le gustaba girar velozmente sentada sobre el doble almohadillado de piel. No era la primera vez que lo bajaba al máximo con la intención de gastarle una broma, y que al sentarse la nariz le llegara casi a la altura de la encimera.

Se rio mientras abría uno de los cajones del escritorio y palpó con los dedos el fondo. Arrastró una caja de madera barnizada con un anclaje metálico de color dorado y la depositó sobre la mesa. Abrió la tapa con un gesto solemne y sacó varias fotografías desgastadas, de color sepia. La primera mostraba a Eleonor con el cabello recogido en un bonito moño, y el cuello decorado con un camafeo y perlas. En aquel retrato no debía de tener más de veinte años. Ya no estaba en San Torbe, sino con una buena familia que la había adoptado. Jamás dejó de escribirle cartas y mandarle

fotos. Antón le había prometido que iría a buscarla cuando saliera de aquel lugar y que se casaría con ella. Eleonor lo esperó, aunque su nueva familia no comprendía la razón de su soledad o la falta de entusiasmo por los chicos de buena posición que solían presentarle en los bailes de salón y las óperas.

Observó la siguiente imagen y depositó el resto dentro de la caja. Aquella fotografía tenía el año escrito por detrás: 1954. Antón sonrió nada más darle la vuelta, pues recordaba perfectamente el día en que la tomaron, aunque por aquel entonces no debía de tener más de ocho o nueve años. Salía junto a sus amigos, delante de la verja de la entrada de San Torbe, en fila, como diminutos figurines enjutos vestidos con pantalones cortos y camisas desgastadas. Richard Armani con su gesto desconfiado, Jonás Romano, Roberto Acosta y, junto a él, con el pelo rizado y mirada risueña, Alexander Soller. Faltaban varios en aquella instantánea, pero no había podido conseguir ningún recuerdo de Petro Argas, o los primos Jeremías y Llosa Malbaseda en aquella época. Tenía fotografías de ellos muchos años después, cuando empezaban a hacerse un hueco en el mundo y podían pagarse un fotógrafo profesional. Lo cierto es que su aspecto era desolador y famélico. Ellos no habían vestido nunca pantalones de bombacho y camisas blancas con lazos de tafetán que hacían de corbata. No eran niños privilegiados de ciudad, de esos que se paseaban con botones dorados en sus chaquetas de terciopelo. Tampoco tenían juguetes con los que presumir delante de sus amigos, ni siquiera alguna de aquellas canicas o peonzas tan habituales hasta en un orfanato como San Torbe. Nada.

Sujetó una pequeña libreta con dedos temblorosos y, tras quitar la goma, hojeó el interior.

Cada cual con su quimera (Esta libreta pertenece a Alexander Soller)

Bajo un inmenso cielo gris, sobre una inmensa polvorienta llanura sin caminos, sin hierba, sin siquiera un cardo o una ortiga, me encontré con unos hombres que caminaban encorvados. Cada uno de ellos cargaba sobre la espalda una enorme quimera, tan pesada como un saco de harina o de carbón o como la impedimenta de un soldado romano.

BAUDELAIRE

Antón la cerró, incapaz de seguir leyendo, y la depositó sobre la mesa apartando la caja a un lado. Entrelazó los dedos y se quedó en silencio escuchando el sibilante viento y el suave golpeteo de las ramas contra las paredes de la casa y sus ventanales.

En aquel instante, una conversación del pasado sacudió su mente.

—Es muy sencillo, Antón. Si lees lo que Baudelaire escribe encontrarás significado a sus palabras. Los hombres llevan sobre su cuerpo una inmensa quimera y cuando él les pregunta adónde van con tal peso, solo responden que no lo saben, pero que creen que deben avanzar y superarse. «Les impulsaba una necesidad invencible de andar.» Sus rostros estaban fatigados y serios, pero no mostraban desesperación. ¡No les importaba! ¿Lo comprendes?

—¡Oh, Alexander! No estoy seguro. Llevan un monstruo sobre su cabeza, avanzan cansados, pero no se quejan.

Antón recordó aquel instante como si estuviera contemplando una película antigua en lo más profundo de su cabeza. Ambos solían reunirse de noche para leer, para que Alexander le enseñara las bonitas novelas que poseía. Su amigo le hablaba de los grandes poetas y de los escritores prohibidos, le hacía recitar y escribir una y otra vez distintos párrafos para que no se le olvidaran nunca o para perfeccionar su lectura y su decadente escritura en el pizarrín de clase. Alexander tenía ese privilegio, pues se ocupaba de la biblioteca del orfanato bajo el control del director Goretti. Y eso, unido a que era uno de los más mayores, le permitía salir del edificio a menudo para hacer los recados del director. Y, como lograba conseguir algo de dinero, podía comprarse libros usados o ropa que luego él mismo arreglaba. Había sido muy feliz junto a Alexander durante aquellas noches eternas, rodeados de libros y poemas. Con él había aprendido a amar la literatura y a comprender las insondables ideas de los artistas románticos.

—No, Antón —le había dicho con ternura—. Fíjate bien. Ellos llevan esa quimera, ese peso sobre los hombros. Llevan sus miedos, sus temores y sus frustraciones en forma de un monstruo, pero, en el fondo, quieren superarse, quieren seguir caminando porque debe ser así.

—¿Quieres decir que debemos avanzar en la vida tal como somos? ¿Con todo el peso que nuestros ideales y nuestros miedos nos provocan?

—¡Exacto! —había exclamado Alexander echándose a reír—. Es justo como yo lo interpreto, aunque no sabremos nunca qué pensaba el autor

realmente cuando escribió esto, pero tú lo entiendes como yo. Lo has comprendido como yo.

Antón se inclinó en el sillón y contempló la habitación durante unos breves instantes. Por algún lugar de aquellas inmensas estanterías diáfanas había varios libros de Baudelaire esperando ser leídos otra vez.

—Algún día alguien vendrá a buscarnos, Antón —le había dicho aquella noche tumbado sobre la cama a su lado y mirando al techo—. El edificio de las chicas siempre es un avispero de matrimonios buscando niñas a las que enseñar costura y buenos modales. A ellas se las llevan antes si están bien alimentadas y tienen un pelo bonito. Nosotros no tenemos tantas posibilidades, pero tampoco moriremos aquí...

—Richard dice que siempre viene alguien y que incluso puede que nuestros padres nos encuentren, aunque pasen años. Hace mucho que la guerra terminó, Alexander.

Nunca olvidaría las palabras que Alexander había pronunciado aquella noche.

—La guerra sigue dentro de los corazones de las personas, Antón. Hay mucho odio, mucha sed de venganza entre hermanos y antiguos amigos. Si tú caminaras por el pueblo como a veces hago yo, te darías cuenta del miedo en los ojos de la gente. Se traicionan unos a otros. ¿Sabes? Mi padre era maestro en un pueblo del norte. Un día vinieron a buscarlo dos hombres y le dijeron a mi madre que se lo llevaban a dar un paseo... Jamás volvió. Sé que lo mataron, aunque ignoro la razón. Mi padre no pertenecía a ningún bando, mi padre era un buen hombre y aun así no volvió.

Al rememorar aquella época, Antón sintió un profundo hastío. Se dio cuenta de que jamás se había parado a repasar los detalles de su vida y eso le hacía mucho daño. Temía sus recuerdos, eso era algo innegable. Decirse lo contrario sería mentir, engañarse a sí mismo, inventarse una firmeza que nunca había poseído, pero que tampoco deseaba del todo. Nunca había preguntado al resto si tenían tan alejadas sus vivencias en San Torbe. Para él, los demás habían logrado dejar a un lado la infancia y todo lo que allí habían pasado juntos. Pero en el fondo sabía que cada uno lo sufría a su manera, como solían decirle a menudo. En esos casos, Antón asentía y se quedaba pensativo, creyendo quizá, que ese sentimiento doliente era debido a que él había decidido vivir en Quimera y la tierra que pisaba cada mañana al despertarse era la misma tierra de su niñez.

—Señor...

La voz aterciopelada de su ama de llaves le despertó de aquella ensoñación. Al girarse, contempló a la mujer envuelta en una bata de color rosa palo y con el pelo cano suelto sobre los hombros. Candela tenía los ojos pequeños, redondos y muy juntos. Aquel rasgo hacía que tuviera un semblante bondadoso, acompañado de una tez pálida y arrugas poco pronunciadas. No recordaba el tiempo que llevaba trabajando para él en aquella casa. Ni siquiera le había preguntado si en algún momento se había sentido incómoda con todos aquellos hombres y jóvenes que visitaban la casa, yendo y viniendo de un lado a otro. Ella se mantenía cauta y discreta ante todo lo que observaba; amaba a Catínca y, aunque era mayor que él, tenía un vigor envidiable y una energía que jamás la abandonaba.

—¡Candela, me has dado un susto de muerte! —exclamó Antón.

La mujer se aproximó al escritorio y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—¿Se encuentra bien? Es tarde y nunca se queda tanto tiempo aquí encerrado.

Antón asintió suavemente y metió la libreta dentro de la caja.

—Todo bien, Candela. La visita de mi buen amigo Argas me ha traído ciertos recuerdos. —Arrastró dos de las fotos sobre la encimera y las situó frente a ella—. Mira, siéntate. ¿Ves esa imagen? Soy yo con mis amigos en esta misma finca hace muchos años. Esa es Eleonor. Está muy bonita en esta foto.

La mujer se sentó muy despacio mientras tomaba ambas fotografías y las observaba con curiosidad.

—Siempre fue una mujer muy hermosa. Ustedes tenían pinta de necesitar un par de cocidos —musitó. Luego frunció el ceño y sonrió—. Más bien una decena de ellos. Pobrecitos, qué delgados estaban todos.

Antón soltó una suave carcajada y se reclinó hacia atrás.

—Tú eres mayor que yo, Candela. ¿Dónde estabas en los años cuarenta y cincuenta?

—En Argentina. Mis padres tenían parientes lejanos allí y nos marchamos toda la familia en barco. Hubiera sido una locura quedarse en España. Regresé ya casada en los setenta y me asenté con mi marido en Galicia. Tuvíamos mucha suerte, la verdad. No todo el mundo tenía la posibilidad de viajar. Además, mi hermano era sacerdote, temíamos por él... y por todos.

—Comprendo.

—¿Dice que esta casa fue ese orfanato del fondo? —preguntó con curiosidad.

—Sí. Había dos edificios. El que sale en la fotografía era el de los chicos, sobre el que construí esta casa. En la imagen no se ve, pero detrás, a varios metros, estaba el edificio de las chicas. Si miras hacia la parte de atrás de la finca, donde está la piscina, verás varias rocallas. Justo ahí.

Candela ladeó la cabeza y dejó escapar un leve quejido.

—Es bastante tétrico. No sé por qué tenían esa costumbre de construir edificios tan horribles para escuelas, orfanatos o incluso hospitales. Al menos este era de piedra; los de cemento y ladrillo eran todavía peores.

—He mantenido la fuente de piedra del jardín, la verja de hierro, y los sótanos. Todo lo demás lo tiré abajo y construí esta casa. ¿Cuántos años llevas trabajando para mí?

Candela se puso seria y cruzó los brazos.

—Tiene usted peor memoria que yo, por lo que veo. Casi quince.

—Discúlpame, por favor —dijo en tono afligido—. Tengo buena memoria para ciertas cosas, en cambio para otras soy un verdadero desastre.

—Es normal que no lo recuerde, usted siempre trabajó y viajó mucho. —Guardó silencio un instante y preguntó, señalando una de las fotografías—: ¿Puedo hacerle una pregunta?

Antón asintió.

—Este muchacho. El de su derecha. Se parece muchísimo al jovencito que viene por aquí de vez en cuando.

—Dominic —contestó Antón sonriendo—. Ese muchacho de la imagen se llamaba Jonás Romano. Falleció hace bastantes años, su hijo era muy pequeño cuando sucedió. Desde que abandonó el orfanato no gozó de mucha salud. Tienes muy buena vista, Candela, es cierto que guarda gran parecido con su padre.

—¡Ah, soy vieja, pero sigo teniendo vista de pájaro!

—Estudia Derecho. Es un joven ambicioso y ha venido un par de veces por aquí. Me gustaría que viniera más a menudo, la verdad. Lo cierto es que desearía que todos los hijos de mis amigos disfrutaran de esta casa y fuera como un hogar para ellos.

—Catinca se pone muy contenta cuando viene a pasar unos días. Esta casa es un lugar estupendo para estudiar, supongo. Si vienen de la gran ciudad esto es un paraíso.

Por un instante, guardó silencio. Antón estaba pensativo y parecía preocupado y ella lo notó.

—Señor Andrade, sé que solo soy el ama de llaves, la niñera y lo que demonios crea conveniente, pero sin duda usted está muy afligido y aunque no sirva de mucho me gustaría ayudarle si se encuentra mal o...

Antón sonrió ante la invitación y el gesto apesadumbrado de Candela.

—No digas tonterías, Candela. Siempre te he tenido en muy alta estima y aprecio tu trabajo y tu compañía. Eleonor te adoraba y sé que estuviste a su lado cuando yo tenía que viajar y Catinca era un bebé. No te preocupes. Supongo que todos tenemos nuestros momentos de melancolía y esta noche me ha tocado a mí. Son muchos años en esta casa y nunca me paré a pensar porque estaba demasiado ocupado. Ahora que mi vida lleva un ritmo más tranquilo, mi cuerpo no se acostumbra a meditar y evocar ciertas cosas y situaciones... No sé si me explico.

Candela asintió y se ajustó el cinturón de la bata. Al levantarse de la silla tomó las fotografías de la mesa, las metió en la caja y cerró la tapa.

—¿Ve lo que acabo de hacer? Es lo mismo que hacemos con nuestros recuerdos muchas veces. Los aireamos de vez en cuando, pensamos, reímos o lloramos y luego volvemos a guardarlos. Pero ¿sabe una cosa? Eso no los destruye. Siguen en esa caja, como sus fotografías.

Antón se quedó perplejo.

—No me mire así. Sabe que tengo razón. Usted me ve como una anciana, pero pasé muchas noches con su esposa y ella no era lo que se dice muy discreta con su pasado. Lo que le quiero decir es que conozco su historia de amor, por encima, claro —murmuró mirando de soslayo—. Soy una mujer mayor, pero moderna.

Dicho esto, alzó los brazos con las palmas hacia arriba como si se dispusiera a suplicar a Dios y los dejó caer de golpe. Antón se frotó la perilla y soltó una ronca risotada.

—Me sorprende tu talante. ¿Estarías dispuesta a que te contara la historia de nuestra infancia? ¿De veras te interesa? Sinceramente, hay cosas difíciles de entender hasta para una «mujer mayor, pero moderna» como tú —comentó con sorna—. Y no es que menosprecie tu compañía y tu sinceridad, pero sin duda hay ciertas cosas de mi pasado que no sé cómo encajarían fuera de mi entorno o de mis amigos.

Candela sacudió la cabeza y puso los brazos en jarra.

—Señor Andrade. Voy a preparar café.... —repuso con tono irritado—. Quizás ese es el problema, que jamás ha contado nada fuera de su círculo. ¿Teme que me asuste? Yo fui algo cabaretera...

Una estrepitosa carcajada retumbó en el despacho y Candela alzó las cejas en señal de sorpresa.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Oh Candela, en serio que necesitaba este momento con toda mi alma —contestó secándose las lágrimas—. Cabaretera... —repitió sin dejar de reír.

—Sí. Cabaretera, señor Andrade, cabaretera. Una mujer de la gran ciudad, exiliada con toda su familia, pero con unos fuertes pensamientos independientes y un carácter duro y algo revolucionario. Ya me entiende —apuntilló—. Si decidí servir en las casas de otros y ocuparme de sus hijos tras la muerte de mi marido, no fue solo por pura necesidad, sino porque me gusta. No considero que por eso haya perdido la identidad que siempre tuve, pero ya soy vieja y los tiempos de luchas existenciales ya han acabado. Yo nunca pude tener hijos, creo que fue una de las razones más fuertes que me llevaron hasta esta casa, la soledad, mi amistad con Eleonor, Catinca...

Antón se la quedó mirando, profundamente consternado por sus palabras y su sinceridad.

—Está bien Candela, hace apenas unas horas mi amigo me recomendaba escribir un libro con la clara intención, creo, de que soltara todo lo que llevo dentro. Quizá no sea mala idea escuchar mi propia voz por encima de mis pensamientos y compartirlos contigo. Sin embargo, te advierto que escucharás cosas poco comunes y algunas posiblemente no las comprendas o no te gusten.

Se levantó de la silla y caminó en dirección a la puerta tomando del brazo a la anciana.

—Ve a por ese café, Candela. Nos sentaremos en los sofás frente a la chimenea y te contaré todo desde el principio.

Dicho esto, la miró de reojo y puso una mueca parecida a una sonrisa.

—Cabaretera —murmuró—. Honestamente, no te veo yo con faldas de flecos dando saltos.

Candela avanzó por el pasillo y descendió las escaleras de madera que daban al *hall*.

—Señor Andrade, todos tenemos nuestro pequeño lado oscuro. Usted mejor que nadie debería saberlo.